

Más allá de los estereotipos: nuevas tendencias en el estudio del género en arqueología clásica

Beyond stereotypes:
new directions in gender studies within classical archaeology

Marina Picazo Gurina

Universitat Pompeu Fabra.
marina.picazo@upf.edu

Recibido el 15 de enero de 2017.
Aceptado el 28 de febrero de 2017.
BIBLID [1134-6396(2017)24:1; 5-31]

RESUMEN

El presente trabajo parte de la premisa de que las diferencias de género fueron factores esenciales en las sociedades grecorromanas en términos de la socialización de niños y niñas, la estructuración de las actividades individuales, así como en la construcción de las culturas materiales. En ese último aspecto, en los últimos años la arqueología clásica ha ampliado los campos de investigación, proponiendo nuevas posibilidades con el estudio ampliado y redefinido de los espacios domésticos y también de las imágenes funerarias y otras formas de representación social. Gradualmente se ha abierto la posibilidad de contemplar el espacio de las ciudades antiguas poblado por una diversidad de grupos de edad, clases sociales y géneros, que convivían a diferentes escalas espaciales, desde la unidad familiar a la comunidad.

Palabras clave: Arqueología clásica. Género. Mujeres. Estereotipos. Imágenes y representaciones. Espacios domésticos.

ABSTRACT

This work suggests that gender differences played a central role in Greco-Roman social relations. This was manifest in the socialization of children, in the organization of labour and the construction of material culture. In recent years, studies in classical archaeology have emphasized the importance of domestic space and forms of visual representation previously neglected. These new tendencies have led to alternative ways of representing urban spaces as occupied by a diversity of age groups, social classes and gender categories.

Key words: Classical archaeology. Gender. Women. Stereotypes. Images and representations. Domestic spaces.

SUMARIO

1.—Introducción. 2.—La organización del espacio en relación al género. 3.—Arqueología de las unidades domésticas. 4.—Arqueología de la muerte y bioarqueología. 5.—Arte, arqueología clásica y género. 6.—Conclusiones. 7.—Bibliografía.

1.—Introducción

La arqueología clásica se ocupa del estudio de la cultura material de la parte del mundo antiguo que ha adquirido el estatus de “clásica” desde la perspectiva de la civilización occidental. Se centra en las culturas griega y romana, desde el siglo VIII a.C. hasta el siglo IV d.C., es decir el tiempo de formación de las *poleis* griegas y de la ciudad de Roma y su imperio. El propio concepto de “Arqueología clásica” refleja la creencia europea en el estatus único y especial de la civilización grecorromana. Por otra parte, como disciplina, evoca para el público en general, sobre todo, la descripción e ilustración de la arquitectura monumental y los objetos hermosos que se ponen en relación con el “arte” de Grecia y Roma. De hecho, en sus inicios la arqueología clásica se dedicaba, sobre todo, a catalogar y describir los edificios y las obras de arte y, en menor medida, los artefactos más comunes de la cultura material. En ese sentido, su principal objetivo era comunicar la excelencia del arte clásico, como elemento esencial para ilustrar el “espíritu” de la cultura grecorromana. Las excavaciones arqueológicas proporcionaban materiales para los grandes museos europeos y americanos, mientras categorías enteras de evidencia eran ignoradas o menospreciadas. Todavía en la actualidad, cuando esa fase de la arqueología clásica se ha superado, es difícil encontrar estudios suficientes, por ejemplo, de los restos óseos procedentes de necrópolis griegas y romanas. Esa situación respondía a la creencia compartida por numerosos investigadores, de que si se quería saber lo que comía la gente o cual era su estado de salud era mejor buscar la información en las fuentes griegas o romanas. La disciplina se basaba en un modelo que reconocía el dominio de las fuentes escritas para el conocimiento del mundo antiguo y ese modelo determinaba los métodos del trabajo de campo, la publicación y la interpretación del registro arqueológico.

Desde esa perspectiva, la arqueología clásica dio, en principio, escasa importancia a los debates teóricos que, a lo largo de la segunda mitad siglo XX, han transformado sustancialmente la disciplina arqueológica en otros ámbitos, especialmente la prehistoria, desde los años setenta del pasado siglo. De esa forma, se asumía una posición al margen del desarrollo general de la disciplina arqueológica (Renfrew, 1981). Se situaba, incluso desde el punto de vista de la organización académica en las universidades, en la órbita general de los Estudios Clásicos, como una especie de subdisciplina encargada de la descripción de la cultura material, o de la Historia del Arte tradicional, por su énfasis en la descripción y catalogación

de los objetos. Desgraciadamente esa postura implicaba un abandono no solo de las nuevas propuestas teóricas de otras ramas de la disciplina, desde la arqueología histórico-cultural a la llamada Nueva Arqueología y el posterior movimiento postprocesual. Un sector importante de quienes trabajaban en arqueología clásica se mantenían también al margen de la transformación de los métodos y técnicas de estudio que acompañaban a los debates teóricos. Las consecuencias más importantes de esa postura fueron, durante algún tiempo, el mantenimiento de la tendencia a enfatizar la obtención de series de datos con la finalidad casi exclusiva de crear o mantener las categorías de artefactos en relación a la cronología y a la evolución estilística. En segundo lugar, seguir priorizando como centro del análisis los edificios monumentales, los objetos de arte y los relacionados con el intercambio de elementos de prestigio (Brown, 1977). Con todo, desde la década de los ochenta, se ha asistido a la emergencia, en el seno de la disciplina, a una crítica a la falta de bagaje teórico y metodológico de la arqueología clásica. De manera creciente, sobre todo en la academia de tradición anglosajona, han aparecido ideas y técnicas procedentes de la arqueología prehistórica (Morris, 2004). Además, se ha introducido con fuerza el interés por cuestiones económicas, sociales y culturales, en temas como la etnicidad, el *rol* de las materialidades en el tejido de la vida social humana, la agencia, la comensalidad y, de forma destacada, el género.

La arqueología clásica, como la disciplina en general, había sido tradicionalmente androcéntrica en su priorización de los temas y los métodos de estudio. En los últimos treinta años se ha introducido progresivamente el interés por el papel del género en la interpretación de las culturas del pasado. En ese sentido, ha sido esencial el papel de investigadoras relacionadas con las teorías feministas que han desarrollado metodologías críticas aplicadas al análisis de la cultura material y de las artes visuales en el mundo mediterráneo antiguo, incluyendo las ciudades griegas y romanas. En un principio se investigaron especialmente las formas en las que la diferencia sexual se comunicaba visual y simbólicamente en el arte y en los objetos de la civilización grecorromana. Es decir, las representaciones de mujeres y hombres en las pinturas, las esculturas, la cerámica decorada o la producción coroplástica, entendidas como indicios de los estereotipos griegos y romanos acerca del género. Las obras de arte clásicas han servido durante siglos como paradigma de los valores y gustos occidentales en las artes visuales y, por tanto, investigar desde una perspectiva de género los mensajes iconográficos que se usaban para expresar las relaciones de género, tiene importancia desde la perspectiva de la transmisión de esos estereotipos en etapas históricas posteriores. Gradualmente se han ido introduciendo otros temas relacionados con el género y, por extensión, con el estudio de la dinámica social de la vida cotidiana en el mundo antiguo. Un buen ejemplo es el análisis de los restos óseos procedentes de contextos funerarios, que proporcionan información sobre el sexo biológico, la edad, la dieta y las patologías. Como veremos a lo largo de ese trabajo, otro campo importante de trabajo en el tema del género se relaciona con la arqueología de las unidades domésticas. La

categoría “unidad doméstica” surgió en el contexto de la arqueología mesoamericana (Wilk y Rathje, 1982) como una forma de superar las dificultades de uso de términos como “familia” o “casa” en el discurso arqueológico. Actualmente los estudios arqueológicos de la unidad doméstica constituyen un área muy activa de investigación de lo que en todas las culturas humanas es la unidad social básica. De hecho, es en la unidad doméstica donde se configuran las primeras nociones de identidad y conciencia de pertenencia a un grupo cultural.

Por otra parte, la arqueología clásica, como otras disciplinas históricas, bajo la influencia de los estudios sobre las mujeres y el género, ha desarrollado o ampliado nuevos campos de estudio en temas que, previamente, eran prácticamente invisibles para la investigación. De forma creciente, han aparecido trabajos en temáticas como la sexualidad, la familia, el cuerpo, la salud y el cuidado y la infancia. Esta nueva diversidad se ha abordado con una gran variedad de perspectivas, desde el tratamiento erótico de los cuerpos en el arte a las tecnologías femeninas, los sistemas de subsistencia y de alimentación, los *roles* diferenciados de hombres y mujeres en la producción, las diversas identidades de género expresadas en el arte representativo o los efectos de los cambios sociopolíticos en las construcciones de género. Una de las consecuencias de esta diversidad de temas y tratamientos es que podemos afirmar que actualmente sería difícil empezar un trabajo como el presente diciendo que el género es un tema descuidado u olvidado, como pasaba antes de la década de los ochenta. Al contrario, puede decirse que la consecuencia de la adopción del género como categoría de análisis, está siendo el enriquecimiento de las formas, categorías y metodologías de análisis en la arqueología clásica lo que, además, nos permite aproximarnos no solo a las mujeres sino a los demás “invisibles” de la narrativa histórica clásica hasta una época relativamente reciente.

A pesar de ello, aunque el género forma parte indiscutible de la investigación arqueológica, el significado del concepto ha sido adoptado de forma contradictoria. De hecho, todavía a finales de los años noventa, era evidente la hostilidad con la que la investigación sobre el género fue recibida por parte de un sector de la disciplina (Knapp, 1998). En la actualidad, en las primeras décadas del siglo XXI, la arqueología del género a nivel académico parece haber sido aceptada en el contexto occidental. En muchos departamentos de universidades europeas y americanas se dan cursos sobre el tema que, normalmente, suscitan el interés y la demanda del alumnado, especialmente las estudiantes. Sin embargo, lo corriente es que los demás miembros del departamento ignoren el tema, incluso en los cursos introductorios al mundo clásico, considerándolo un tema “especializado”, como la epigrafía o la numismática, lo que en la práctica significa que es un tema que tan solo transmite entre quienes trabajan en género y un amplio sector de la arqueología clásica “general” no siente la necesidad de incluir sus resultados en el discurso dominante. Es posible que una de las razones dominantes de ese hecho es que, aunque se acepta de forma generalizada que el género constituye una parte importante de la identidad cultural de las sociedades humanas, siguen siendo

relativamente escasos los estudios sobre la “masculinidad cultural”, con algunas excepciones. En las publicaciones o reuniones académicas que tratan del género en relación a cualquier tema, sea la cultura material, las unidades domésticas, la tecnología, el poder, normalmente nos encontramos con investigaciones centradas en las mujeres. La falta de estudios que se basen en la necesaria complementariedad entre las construcciones de género femenina y masculina, tiene diversas consecuencias, la más importante de las cuales es que el papel dominante de algunos hombres —esencialmente los miembros de las elites sociales— sigue marcando el discurso histórico y arqueológico que explica las sociedades del pasado. A pesar de ello, no puede negarse que la arqueología clásica ha cambiado sustancialmente en las últimas décadas, a partir del abandono de la noción de que las gentes griegas y romanas crearon una cultura superior que define la civilización occidental (Morris, 2004: 256). Entre los factores que han colaborado a ese cambio que ha permitido que la arqueología clásica se haya implicado activamente en los debates generales que afectan a la disciplina, parece claro que la introducción del género ha sido importante. En el presente trabajo, pasaremos revista a algunas de las contribuciones actuales más importantes de la investigación sobre el género en arqueología clásica, desde las dos perspectivas dominantes: la recuperación de la visibilidad de las mujeres y la reinterpretación de las evidencias arqueológicas para dar valor a la vida cotidiana del pasado.

2.—*La organización del espacio en relación al género*

El espacio, como el género, ha sido, en todos los períodos, una construcción cultural de las sociedades humanas. El uso del espacio en relación al género depende de factores diversos, ligados a la ideología, la clase social, así como las diversas actividades económicas, sociales, religiosas o políticas. Tradicionalmente, las fuentes escritas, griegas y romanas, utilizaban las categorías de “público” y “privado” en relación al espacio y a la diferencia sexual y los paradigmas ideales del comportamiento de hombres y mujeres. Aunque la casa era, desde el punto de vista de esa división espacial, el espacio femenino por excelencia, se daba por descontado que la unidad doméstica estaba bajo el control del cabeza de familia y que, de hecho, el dominio sobre la casa y la familia, con todas sus implicaciones, formaba una parte esencial de la condición del ciudadano.

La fuente clásica más importante sobre la casa y la familia es el tratado del *Económico*, del ateniense Jenofonte. Escrito en el siglo IV a.C. por un miembro de la elite ateniense, este tratado sobre la gestión de una propiedad aristocrática ha sido leído y citado durante más de dos mil años. Tuvo gran influencia en la antigüedad y, posteriormente, en Europa desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII. Fue modelo para posteriores tratados acerca de las correctas relaciones entre los distintos miembros de la familia, y dio lugar a la imagen la “perfecta casada”

que tanto auge tendría durante siglos en las sociedades europeas. Las palabras de Jenofonte en el *Económico*, “Creo que los dioses dispusieron que los trabajos y la supervisión de la casa fueran tareas de la mujer y que las tareas exteriores fueran del hombre” (7,21), aparecen de forma casi idéntica en el tratado *De agricultura* de Columela: “La naturaleza ha destinado el trabajo de la mujer para el cuidado doméstico y el del marido para los ejercicios forenses y para los exteriores... A la mujer, por haberla hecho más frágil, le dio el cuidado de las cosas domésticas” (12). En ambos casos, desde la perspectiva de hombres que pertenecían a la clase dominante griega y romana, se planteaba como natural el origen de la separación de espacios y de las formas de actividad en el seno de la unidad doméstica. Las implicaciones de esta división se convirtieron en “relato de origen” (Conkey y Williams, 1991) que explicaba y, al mismo tiempo, justificaba, la desigualdad entre hombres y mujeres. Los textos antiguos proyectaban ideología (en este caso, sobre los *roles* sexuales “adecuados”) más que información sobre las mujeres. Y esa ideología ha seguido siendo una premisa, consciente o inconsciente, para una parte de la investigación moderna sobre la vida cotidiana en el mundo clásico.

Gradualmente, diversos trabajos recientes han señalado que las mujeres o, al menos algunas mujeres, podían llegar a tener una acción directa en la esfera pública, en relación a diversos cultos cívicos (Connelly, 2007). La hipótesis generalizada sobre la ausencia de las mujeres ciudadanas en el contexto del simposio, había llevado a considerar que las prácticas sociales de comensalidad tanto a nivel privado como público (en los santuarios, tras el sacrificio de las víctimas), eran, en el mundo griego, exclusivamente masculinas (Detienne, 1979). Sin embargo, diversas excavaciones arqueológicas en santuarios dedicados a Deméter y Perséfone han demostrado la existencia de banquetes femeninos ligados al culto de las dos diosas (Schmitt-Pantel, 2001). En el santuario de las dos diosas de Acrocorinto se encontraron habitaciones en las que se celebraron, desde el arcaísmo hasta la etapa helenística, banquetes femeninos (Bookidis, 1990). Lo mismo sucedía, durante el período arcaico, en el santuario de las Tesmoforias en Bitelami, de Gela (Sicilia) (Orlandini, 1966).

Además de los cultos religiosos en templos, pueden señalarse otras formas de movilidad y uso del paisaje urbano por parte de las mujeres (Nevett, 2011). Aristófanes describe en *Lisístrata* una escena cotidiana alrededor de la fuente: “Pues ahora mismo, que todavía está oscuro, he llenado mi cántaro en la fuente con dificultad por el gentío, por el barullo y por el ruido y después, empujada por las criadas y por las esclavas marcadas con hierro, a toda prisa lo he levantado para prestar ayuda llevando agua a mis vecinas”. La construcción de fuentes se conoce en las ciudades griegas desde el siglo VII a.C. y siguió siendo un elemento habitual y necesario sobre todo porque en muchos lugares la sequía hacía del agua un recurso escaso para las familias.

Las menciones literarias y las decoraciones figuradas en vasos, especialmente las hidrias áticas decoradas entre el 530 y el 490 a.C. (fig. 1), hacen referencia a



Fig. 1.—Hidria ática con escena de mujeres en la fuente. Museum of Fine Arts, Boston.

esos espacios femeninos donde las mujeres recogían el agua de las bocas de la fuente. Parece que, en el caso de Atenas, ese período coincide con una mejora del sistema de distribución pública del agua en la ciudad, con la construcción de diversas fuentes, entre ellas la famosa *Enneakrounos*, de nueve bocas (Tölle-Kastenbein, 1994: 101-103). Algunos de esos espacios se han localizado arqueológicamente, dos cerca de la Acrópolis, otra en el Pnyx y otra en el Ágora, bajo la posterior estoa de Atalo. Aunque se mantiene el debate acerca del estatus de las mujeres que acudían a la fuente, parece que, incluso en el Ágora, que funcionaba por excelencia como el espacio ligado a las actividades públicas de los ciudadanos atenienses, pudo existir un lugar de encuentro y relación femenina (Trümper, 2012: 290).

Otros espacios de la topografía urbana de las ciudades antiguas estaban especialmente relacionados con mujeres. En el barrio ateniense del Cerámico, situado junto a la principal entrada de la ciudad, se localizaban los talleres de producción alfarera al tiempo que era el principal espacio de prostitución. Las excavaciones del edificio Z situado en esa zona, pusieron al descubierto un prostíbulo de la segunda mitad del siglo IV a.C., con más de 22 habitaciones pequeñas construidas alrededor de dos patios, con acceso directo desde la calle (Knigge, 2005). Se ha sugerido que probablemente trabajarían en ese espacio esclavas prostitutas. En las habitaciones se encontraron copas, cráteras, platos y monedas así como evidencia de trabajo textil realizado a escala comercial. Es posible que las mujeres que trabajaban en el burdel incrementaran los ingresos mediante la producción de telas para consumo propio y para la venta (Fisher, 2011).

La cultura del baño romana sería, en cierto sentido, el equivalente de la competición atlética griega. Entre todas las sociedades antiguas del Mediterráneo, la romana es la que demostró mayor interés en el baño como una actividad cotidiana, al mismo tiempo social y placentera. Hacia el siglo I d.C. prácticamente todas las ciudades romanas tenían baños, públicos y privados. Aunque en el mundo griego existieron baños, normalmente eran rudimentarios —baños individuales con agua fría— y no tuvieron implicaciones de sociabilidad similares a las romanas. El baño en el mundo romano era una actividad social que marcaba la rutina cotidiana de muchas personas. Fueron enormemente populares: “baños, vino y sexo” son regularmente mencionados juntos como una fórmula proverbial de los placeres de la vida en las inscripciones funerarias. El uso de las termas buscaba la diversión, la relajación, algo de ejercicio físico y el contacto interpersonal (Yegül, 2010: 12-17). El rasgo más extraordinario de los baños romanos era su universalidad. Prácticamente todo el mundo iba a los baños y, en muchos casos, diferentes clases y grupos de personas, incluyendo hombres y mujeres, se bañaban al mismo tiempo. Parece como si en la atmósfera de los baños, las normas y convenciones sociales de vestimenta e intercambio social aceptables se suspendieran parcialmente. Algunas fuentes indican que familias enteras, esposos y niños se bañaban a veces juntos. Con todo, probablemente, en muchas ciudades había baños separados para hombres y mujeres. Y, si no era posible, mujeres y hombres se bañarían en momentos diferentes del día. Es probable que la posibilidad de baños mixtos variase según el lugar y el tiempo, de la misma forma que en el mundo moderno, tomar el sol sin ropa se practica en algunos países y playas en diferentes formas.

Otro espacio urbano que era visitado por las mujeres en la ciudad antigua era el cementerio, normalmente situado fuera de la muralla de la ciudad. También en este caso, tanto las fuentes escritas como las representaciones figuradas de los vasos, especialmente los léцитos funerarios áticos, indican que las mujeres tenían un papel activo en los rituales funerarios y en el cuidado posterior de las tumbas familiares. Puede verse esta actividad como una extensión del cuidado que constituía una tarea femenina por excelencia y, al mismo tiempo, como una

prueba de la agencia femenina en el ámbito del culto funerario, donde actuaban como representantes de la familia, cuidando de las conexiones entre los miembros difuntos y los vivos, generación tras generación.

De hecho, la pertenencia a la comunidad, desde la familia a la propia ciudad, era un factor esencial en la participación en los rituales de las religiones politeístas del mundo antiguo. Mujeres y hombres participaban en los rituales de su propia ciudad. Muchos rituales implicaban movimientos de desplazamiento: caminar hacia el lugar sagrado por medio de las numerosas procesiones que recorrían el espacio urbano. La función de esas movilizaciones podía variar dependiendo de la divinidad y el tipo de culto implicados, pero se convertían en una forma de propiciar la visibilidad comunal, para demostrar la fuerza y cohesión del grupo. Las distancias recorridas podían variar de unos centenares de metros (durante las Panatenaicas atenienses se celebraba una procesión que iba desde la Puerta del Cerámico, a través del Ágora, hasta el templo de Atenea, en la Acrópolis), a varios kilómetros: la procesión asociada al festival de las Brauronias, en honor de Artemis, que se celebraba también cada cuatro años, tenía como protagonistas a niñas que, en compañía de mujeres adultas, recorrían la distancia desde el Ágora hasta el santuario de Brauron, situado en la costa oriental del Ática, a unos 40 km de la ciudad. El viaje a Brauron debía implicar varios días y después, las jovencitas iniciadas en el culto pasaban un período de tiempo en el santuario sirviendo a la diosa. Ambas procesiones funcionaban como representaciones en el espacio de la comunidad ateniense, en los que tomaban parte diferentes segmentos sociales. En las Panatenaicas participaban casi todos los grupos de población atenienses y la procesión definía y reforzaba el modelo de la estructura social de la ciudad. Por su parte, la peregrinación a Brauron conectaba el centro urbano con el hinterland rural. Además, en este caso, se enfatizaba la presencia y los *roles* en la acción ritual de las mujeres y de las niñas, como muestran los numerosos relieves votivos y las esculturas dedicadas en el santuario de la diosa en los siglos V y IV a.C. (fig. 2).

3.—*Arqueología de las unidades domésticas*

Durante largo tiempo la arqueología clásica mostró poco interés por los contextos domésticos, considerados espacios relativamente invariables y modestos, en comparación con la atención prestada a los monumentos públicos y funerarios. De hecho, la “arqueología del espacio doméstico” en el mundo grecorromano ha empezado a desarrollarse relativamente tarde. La razón, en parte, ha sido la inercia ideológica que acompañaba al concepto de “trabajo de las mujeres”, con referentes en las propias fuentes antiguas. Desde los poemas homéricos hasta la literatura clásica, encontramos frecuentes menciones a una forma de división sexual del trabajo, en el que las mujeres y sus tareas aparecen destinadas al interior doméstico mientras las actividades masculinas, siempre más prestigiosas, se desarrollan en



Fig. 2.—Estatuas votivas del santuario de Artemis en Brauron. Museo Arqueológico de Brauron.

el espacio público y exterior. Además, el estudio arqueológico de las casas se vio lastrado por la tendencia a interpretar los restos materiales a partir de una lectura literal de las —escasas— descripciones del espacio doméstico por parte de escritores griegos y romanos. Eso implicó, en el caso griego, el interés por identificar en la casa griega la separación entre “la parte de los hombres” (*andronitis*) y “la parte de las mujeres” (*gynaikonitis*). Era la interpretación que frecuentemente se relaciona con el *Económico* de Jenofonte y otros autores, donde se describe un espacio privado —de un miembro de la elite social— donde vivían las mujeres, prioritariamente responsables de la reproducción de los ciudadanos y sometidas a formas limitadas de autonomía e, incluso, de movilidad. Frente a ese espacio doméstico femenino, estaría el espacio público, masculino y ligado a la acción y la decisión libres.

Parece claro que tanto la ciudad griega como la romana diferenciaba las actividades que se relacionaban, respectivamente, con la gestión de los asuntos públicos y con la organización de la unidad doméstica. Las fuentes escritas asocian esas funciones distintas con los *roles* sociales ideales de mujeres y hombres y no dejan duda de que se valoraba la exclusión de las mujeres de la política y la guerra. Es significativo, sin embargo, que en el texto de Jenofonte, la primera obra en la que encontramos claramente expresadas esa diferencia y esa exclusión se proponga que, aunque la relación conyugal de marido y mujer se basa en la división de trabajos, ambos son mutuamente dependientes y la gestión eficaz de un *oikos* debe ser una empresa compartida entre ambos (*Económico*, 7,28). No existe, por ejemplo, una diferenciación clara entre los trabajos —en el sentido económico— realizados en un exterior (que sería espacio público) en contraste con los del contexto interior (sin valor económico). De hecho, establecer un binomio entre espacio privado y espacio público en relación con las actividades realizadas por hombres y mujeres pertenece a un período histórico moderno, a partir de la Revolución industrial, cuando surgió la diferenciación entre ocupaciones masculinas y femeninas en el contexto de la aparición de lugares de trabajo alejados del espacio doméstico. En ese sentido, la metáfora de las esferas privada/doméstica habría empezado a usarse en ese periodo para describir la posición de las mujeres, de clase media o de la elite, en las sociedades occidentales.

De forma creciente, a partir de los años ochenta, se criticó el modelo de las esferas separadas aplicado al mundo antiguo por anacrónico, ya que la investigación lo aplicaba al pasado desde una perspectiva propia de la cultura occidental moderna. Los estudios históricos y etnográficos demostraban que el concepto de privacidad no es universal. A pesar de ello, el tema de las esferas separadas ha perdurado en las propuestas interpretativas del mundo antiguo porque ha funcionado como una premisa previa. Por ejemplo, al atribuir una función a los artefactos arqueológicos frecuentemente se usaba un sentido ligado al género del creador y/o usuario desde una perspectiva occidental y centrada en lo masculino (Weedman, 2006: 248).

En cambio, investigaciones arqueológicas de los últimos años han demostrado la complejidad de las actividades económicas que se realizaban en las unidades domésticas del mundo antiguo. La perspectiva arqueológica tradicional se había concentrado esencialmente en la recuperación de la planta de casa, utilizando los objetos recuperados especialmente con fines de datación. En los últimos años se han introducido nuevas perspectivas de análisis que están cambiando las formas de interpretar el registro arqueológico de los espacios domésticos. Además, se entiende que el análisis de las estructuras arquitectónicas y de los conjuntos de materiales que respondían a las pautas de producción y consumo en el ámbito doméstico, es una fuente esencial para entender aspectos esenciales de la organización de cualquier sociedad. El estudio de la unidad doméstica, definida como la unidad social mínima que cuida del mantenimiento básico de los miembros del grupo y su reproducción, es crucial para la comprensión de la economía y la organización social. De hecho, en los últimos estudios generales sobre la economía del mundo antiguo se parte de la premisa de que la unidad doméstica era la entidad productora por excelencia, que generaba el excedente necesario para mantener la superestructura del mundo grecorromano (Mañas y Bermejo, 2013: 277).

El mundo griego clásico proporciona algunos ejemplos de esa premisa, a partir de yacimientos como Olinto o Halieis. En los años treinta del siglo xx se iniciaron las excavaciones de la ciudad de Olinto, en la península Calcídica, dirigidas por el arqueólogo norteamericano David M. Robinson. En su momento no tenía precedentes una excavación a gran escala —más de 100 casas— de un área doméstica griega y la razón se debió al interés de Robinson y sus colegas por la vida cotidiana de la Grecia clásica, un tema que, como hemos indicado, suscitaba escaso interés en esa época. Todavía en la actualidad, las excavaciones de Olinto y el cuidado con que se elaboró y publicó el registro arqueológico hacen de ese yacimiento el más importante para el estudio de las unidades domésticas griegas en el período clásico (Cahill, 2002). Olinto fue atacada y saqueada por el ejército del rey macedonio, Filipo II, en el año 348 a.C. y como consecuencia, fue abandonada. Las excavaciones de los años treinta pusieron al descubierto un asentamiento de planta ortogonal con bloques formados por dos hileras de cinco casas, separadas por estrechos callejones. La mayor parte de las casas de Olinto tenían una planta aproximadamente cuadrada con un eje central que dividía la casa en dos partes casi iguales. Un patio central, situado en la parte meridional era el elemento clave de la estructura de la casa ya que proporcionaba ventilación e iluminación al resto de las habitaciones. Tanto las excavaciones originales, como el reciente estudio realizado por el profesor Nicholas Cahill a partir de los datos originales, han proporcionado más información que ningún otro yacimiento arqueológico sobre la casa, la organización de los espacios públicos y privados en la ciudad griega y, sobre todo, han permitido proponer nuevas perspectivas de análisis sobre la vida cotidiana de las gentes griegas (Cahill, 2000). Entre esas nuevas perspectivas destaca la que se refiere a economía doméstica en la ciudad griega. Un número considerable de

las viviendas de Olinto dedicaba una parte importante del espacio a producciones agrícolas o artesanales. Parece evidente que un número importante de los grupos familiares de Olinto, aunque fueran esencialmente campesinos, se dedicaban además a actividades artesanales y al intercambio comercial. En algunas casas se localizaban zonas de almacenamiento de productos agrícolas que procederían de los campos trabajados por la familia y que eran transformados para obtener vino o aceite a escala superior a la del consumo interno de la familia. Además, aunque la mayor parte de las casas olintias contenían elementos relacionados con el hilado o el tejido, en algunos casos la producción textil parece haber sido realizada a escala mayor, seguramente para el mercado. Las cuatro habitaciones situadas junto al patio de la casa Av9 (fig. 3) contenían telares, cuando normalmente existía tan solo un telar por unidad doméstica. En esta vivienda, todas las habitaciones que tenían buena iluminación se dedicaron a la producción de telas. Otras actividades productivas que han sido documentadas en casas de Olinto, son el trabajo de la piedra y la fabricación de figuritas de terracota. Todas estas actividades implicaban una producción a una escala mayor de lo que necesitaba el consumo doméstico estricto.

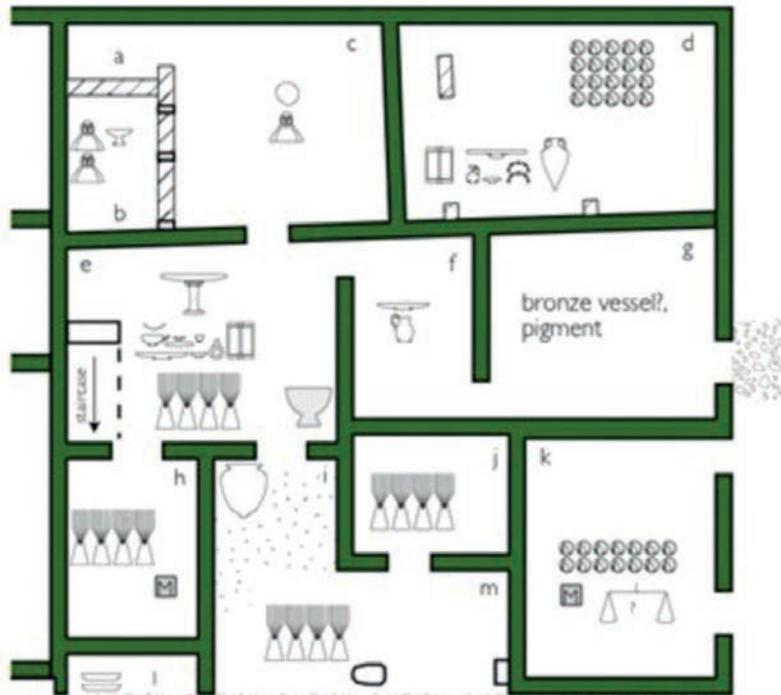


Fig. 3.—Casa Av9 de Olinto.

La misma tendencia se ha detectado en la antigua Halieis, situada cerca de Porto Heli, en el sur de la Argólida. Halieis fue un importante centro regional, con moneda propia y un destacado santuario dedicado a Apolo. Como Olinto, fue abandonada hacia finales del siglo IV a.C. y no fue reocupada posteriormente. La excavación de sus casas ha proporcionado evidencia de la relación del contexto urbano con el entorno rural que lo sostenía. También en este caso, algunas casas tenían zonas de trabajo relacionadas con el procesado de productos agrícolas y, esencialmente, con la obtención de aceite. De hecho, se ha propuesto que en las comunidades de esta región del Peloponeso, incluyendo Halieis, una de cada seis casas contaba con este tipo de estructuras de producción, dedicadas a la transformación de una parte de la producción agrícola. La mayor parte de estas áreas se añadieron a las unidades domésticas en el siglo IV a.C. como consecuencia de un proceso de intensificación del cultivo de olivos y de la producción de aceite, seguramente dirigida al mercado exterior, a ciudades como Atenas o Tebas que por diferentes circunstancias, sufrieron escasez de aceite en la última fase del periodo clásico. Las prensas de aceite en las casas de Halieis parecen reflejar el interés de sus habitantes por obtener los mejores beneficios de la fertilidad de su área rural, llevando a cabo ciertas fases del procesado de la producción agrícola en el contexto urbano (Ault, 2005: 75-78). Los suelos aluviales en las colinas y valles cercanos a la ciudad eran ideales para el cultivo del olivo. De hecho, la gran cantidad de cerámica ática, corintia y argiva encontrada en las casas indica una actividad comercial floreciente con otras partes del mundo griego.

En el caso romano, la erupción del Vesubio del 79 d.C. ha permitido recuperar una gran variedad de estructuras arquitectónicas y de artefactos domésticos de las ciudades de Pompeya y Herculano. De hecho, estas dos ciudades han proporcionado grandes cantidades de restos materiales que permiten una aproximación a la forma de vida de las comunidades que vivieron en ellas, sin comparación con los demás yacimientos arqueológicos del mundo grecorromano. Pompeya era una ciudad de casas y edificios públicos. No existían edificios “industriales” como los conocemos en contextos modernos. En cambio, eran frecuentes las tiendas y los talleres que estaban relacionados con las casas. Los cuatro tipos de lugares de producción más comunes en Pompeya eran las panaderías, una treintena, con sus molinos y hornos; las *lanificariae*, en número de dieciséis, relacionadas con la producción textil; *fullonicae*, una docena, dedicadas a la lavandería y tintorería y, unas 5 o 6 tintorerías para teñir telas. Otras producciones minoritarias se realizaban también en unos pocos talleres: dos curtidurías, dos talleres de cerámica, y uno de producción de *garum*. Como en el caso griego, no hay forma de entender la economía pompeyana sin situar la unidad doméstica como el elemento clave de la economía urbana (Wallace-Hadrill, 1994). De todos los talleres de Pompeya, aproximadamente la mitad estaban directamente relacionados con un casa en el sentido de que estaban espacialmente integrados. La mitad del resto de los talleres conocidos estaban en la proximidad de una casa y probablemente pertenecían a la misma. Tan solo un

cuarto de los talleres conocidos no se relacionan con una casa (Flohr, 2012: 7). De hecho, algo similar parece haber sucedido en las ciudades de todo el imperio, incluyendo la propia Roma. Es decir, en el mundo romano, como en el griego, las estructuras domésticas no siempre eran exclusivamente residenciales y, como en el caso griego, incluían tiendas, talleres y tabernas junto a las casas.

Si pasamos del espacio urbano al territorio rural, la visión tradicional hasta los años noventa concebía el paisaje rural romano como un espacio ordenado y explotado económicamente por la elite romana desde sus villas. En la actualidad, el mundo rural está siendo analizado a través de una óptica más rica y compleja. Además de la villa, se menciona en las fuentes escritas del período imperial el *vicus*, un hábitat agrupado o aglomeración con una cierta autonomía en cuanto a la administración del territorio que ofrecía servicios administrativos, económicos y religiosos y otros relacionados con las vías de comunicación. Su origen parece haber sido claramente indígena y eran más numerosos en las zonas menos romanizadas. Lo que parece claro es que el paisaje rural romano se caracterizó por una notable diversificación.

Desde un punto de vista estructural las villas quedarían configuradas como unidades económicas orientadas a la producción de excedentes. Integradas en una economía mercantil, la especialización productiva en una serie limitada de productos sería suficiente para poder cubrir las necesidades del mantenimiento diario. Y los excedentes obtenidos se usarían para el consumo de productos o servicios suntuarios propios de las elites propietarias (Bermejo, 2014-2015: 147). Por el contrario, los asentamientos rurales medianos y pequeños se organizaban en torno a sistemas productivos relacionados con la subsistencia, en la que el trabajo diario estaba relacionado con el mantenimiento básico. Producirían muchos de los bienes consumidos, es decir, tendrían tendencia al autoabastecimiento. Pero un estudio realizado en varios asentamientos rurales hispanorromanos (Bermejo, 2014) demuestra también en este caso una tendencia a la diversificación productiva, especialmente en el caso de las manufacturas agropecuarias. El registro arqueológico de los casos de estudio demostraba que en todos ellos dominaba una producción a diversas escalas (doméstica o especializada). Este hecho se da incluso en centros directamente relacionados con circuitos de redistribución comercial o en casos donde el grado de monumentalización de sus áreas residenciales indica que debieron de pertenecer a miembros de las elites locales o incluso provinciales. Parece claro por los ejemplos estudiados que la inestabilidad de las economías de base agraria era un rasgo dominante en el mundo rural romano. Como consecuencia se desarrollaban tácticas productivas destinadas a compensar los riesgos asociados a ese tipo de economía agrícola.

Lo que nos presentan estos y otros ejemplos conocidos —en el mundo griego y también en las ciudades romanas— es la presencia en la ciudad antigua de numerosos pequeños negocios, talleres y tiendas en estrecha relación con las áreas residenciales de las casas. El estudio arqueológico de las unidades domésticas

muestra aspectos de las decisiones prácticas que la gente tomaba en relación a las actividades económicas, en oposición o indiferencia respecto a los *roles* normativos de diferencia entre hombres y mujeres. Frecuentemente se trataba de unidades domésticas de dimensiones reducidas y medianas, lo que nos lleva a plantear la cuestión de quién trabajaría en esas actividades productivas. Es posible que en los lugares en los que la producción alcanzaba un cierto nivel, se usara de mano de obra esclava, por ejemplo, en los talleres cerámicos. Pero, en otros casos, puede suponerse que se trataba de empresas familiares en las que debían trabajar, probablemente en diferentes tipos de actividad, todos los miembros hábiles de la familia, hombres, mujeres e incluso niños. La producción de alimentos y la de tejidos, como productos de subsistencia y para obtener excedentes para el mercado, eran parte esencial de la economía antigua y lo que muestra la arqueología de los espacios domésticos es que se realizaban en las casas, con formas de trabajo colectivo que implicaban grados de cooperación entre hombres y mujeres. En líneas generales, podemos asumir que el espacio doméstico era usado de forma flexible, no solo entre mujeres y hombres, sino también entre niños y adultos, personas libres y esclavas. De esta forma hemos de considerar la unidad doméstica antigua (*oikos*, *domus*) esencialmente como un ámbito de acción donde un grupo social, ligado por nexos de parentesco, coresidencia, comensalidad y cooperación económica, creaba una red de actividades y relaciones sociales, entre sí y con otros grupos sociales. Ese ámbito tenía unas características espaciales y unas realidades materiales que resultan particularmente importantes para el análisis de la economía y las actividades productivas de la ciudad antigua en general (Ault, 2007).

4.—Arqueología de la muerte y bioarqueología

La llamada arqueología de la muerte, desde la década de los ochenta, se ha considerado una fuente esencial para el análisis social. En principio se centró en el estudio de la diversidad de los rituales funerarios en función de la edad, la identidad, el género y el rango social de la persona muerta. Frecuentemente los estudios sobre los ajueres funerarios se realizaban a partir de la premisa de que determinadas características sociales pueden determinarse adecuadamente a partir la cultura material asociada a los rituales funerarios. Es decir, se suponía de forma implícita que existe una relación universal entre objetos colocados en una tumba y el sexo de la persona enterrada: un arma señalaría a un hombre y una fusayola a una mujer. En las últimas décadas, la investigación ha demostrado que no existe una relación fija y universal entre el tipo de objeto y la persona enterrada: se conocen tumbas femeninas con armas (la Dama de Baza) o tumbas masculinas con artefactos relacionados con la industria textil. Como consecuencia, las metodologías más recientes dan creciente importancia al análisis de la información biológica.

El estudio de los esqueletos procedentes de los yacimientos arqueológicos ofrece una rica variedad de datos sobre la vida de las mujeres y de los hombres, más allá de los básicos componentes de edad y sexo. En principio, constituye una de las pocas evidencias directas de la vida de las personas que vivieron en el mundo griego y romano: los huesos no son una interpretación ni una representación, sino una consecuencia directa del contexto de una vida humana concreta en relación a la biología, el medioambiente y la sociedad.

A pesar de la importancia de los estudios osteológicos, existen todavía pocos registros completos de necrópolis griegas y romanas, en comparación con los casos prehistóricos. Las razones, diversas, están relacionadas con la historia de la investigación de los cementerios griegos y romanos. Muchos de ellos fueron excavados en un período en el que no se daba importancia a los datos que procedían del estudio de los esqueletos (Angel, 1972: 97).

El estudio de los esqueletos empieza con los datos demográficos básicos: edad, sexo, estatura, pertenencia a grupo racial o geográfico. Después, se realizan estudios sobre patologías, traumas, nutrición, actividades realizadas, y las pautas de crecimiento y envejecimiento. Además de las variantes biológicas relacionadas con el sexo, las diferencias entre los esqueletos masculinos y femeninos pueden estar relacionadas con variables culturales: acceso distinto a los alimentos o pautas de trabajo relacionadas con el género pueden dar lugar a diferencias físicas entre hombres y mujeres. Lógicamente esas variantes no solo dependen del sexo/género, sino de sus relaciones con otros factores, como la clase social.

Desde que el primer esqueleto de Pompeya fue desenterrado el 19 de abril de 1748, los restos humanos en Pompeya han capturado la imaginación del público. Como en otros yacimientos, inicialmente los restos humanos no fueron considerados de mucho valor, excepto como medios para reconstrucciones imaginativas de las vidas de las víctimas, viñetas de los últimos trágicos momentos de los habitantes de la ciudad. Otro aspecto que se consideraba interesante es el de los objetos asociados con los esqueletos, porque proporcionaban puntos de apoyo para la reconstrucción de las historias individuales.

Esa tendencia se mantuvo incluso en los primeros estudios científicos de los esqueletos encontrados a principios de la década de los ochenta en el frente marítimo de Herculano. La conocida antropóloga americana Sara C. Biesel, pionera en el análisis químico y físico de los esqueletos para obtener información sobre la nutrición y la salud, dio nombres y personalidades diferenciadas a los muertos de Herculano (1984). El esqueleto de una persona joven, que se encontró abrazando a un niño, se identificó como una esclava en base la hipoplasia dental y los cambios asociados con el húmero superior, aparentemente asociados con trabajos duros. El niño que abrazaba fue considerado de clase superior porque llevaba joyas. Estudios posteriores han señalado que la atribución de sexo a esqueletos de subadultos tienden a ser poco fiables. La validez de la determinación del estatus social a partir de la evidencia del esqueleto también puede cuestionarse. También

es simplista inferir el estatus social por los objetos asociados, como la joyería. Las joyas no siempre implican alto estatus y, por otra parte, es posible que algunas de las joyas halladas fueran consecuencia de robo.

Estudios más recientes, basados en los huesos humanos de Pompeya y Herculano se plantearon para analizar si las víctimas habían sido especialmente ancianos, enfermos, niños y mujeres. Las conclusiones mostraron una gran diversidad de edades. No hay grandes diferencias entre el número de mujeres y de hombres y tampoco eran más comunes las personas ancianas o las muy jóvenes. Un aspecto interesante del estudio fue que la mayoría de las víctimas no habían padecido enfermedades graves y habían tenido acceso a una nutrición razonable en sus años de crecimiento (Lazer, 2009: 264 ss).

Otro ejemplo de las posibilidades de estudio de los huesos humanos se relaciona con una famosa tumba femenina excavada en 1967 en la ladera septentrional del Areópago, cerca del Ágora ateniense. Se localizó un enterramiento de una mujer joven cuyos restos incinerados se habían colocado en un ánfora de asas en la panza acompañada de un rico ajuar (Smithson, 1968). La tumba se remontaba a mediados del siglo IX a.C. y contenía agujas, un anillo y fibulas de bronce, un collar y anillos de oro, sellos y un disco de marfil, así como numerosos recipientes cerámicos, entre los que destacaba una píxida con tapadera decorada con modelos de graneros, fusayolas y otros elementos. También fue objeto de discusión la aparición entre los vasos cerámicos de una urna de asas en el cuello que, en ese período, se asociaba a tumbas masculinas. El ajuar contenía elementos locales pero también objetos de lujo importados.

Años más tarde, se realizó un estudio de los fragmentos óseos recuperados en el interior de la urna funeraria que demostraron que la mujer estaba embarazada de un feto de 34 a 36 semanas y que, probablemente, murió durante el parto. Los indicios del estudio de los fragmentos de hueso de la mujer indicaron que no había realizado trabajos intensos a lo largo de su vida y seguramente era una mujer sana de alto nivel social (Liston y Papadopoulos, 2004: 18). Además ha sido posible, gracias al cuidado con que los restos incinerados fueron recogidos y colocados en la urna, realizar una reconstrucción facial (fig. 4).

La tumba que contenía los restos de la madre y su bebé no nacido no solo era rica en relación al ajuar funerario sino también por la cantidad de alimentos consumidos en el ritual funerario, como muestran los restos óseos de diversos animales que podían representar hasta 70 kilos de carne, distribuida y consumida entre quienes participaron en el funeral. Los análisis realizados en este caso ha proporcionado información sobre la identidad biológica y social de dos miembros de una de las familias de la elite de la comunidad en el período formativo de la polis ateniense, en el que la riqueza depositada en la tumba apunta a la existencia emergente de la desigual social y económica.



Fig. 4.—Reconstrucción facial de la Dama del Areópago.

5.—Arte, Arqueología Clásica y Género

El concepto de arte es complejo y debatido. Normalmente se ha aplicado a un objeto o a un espacio construido, realizado con habilidades específicas que es considerado “especial”, “hermoso”. En todos los contextos es difícil definir qué características debe tener algo para ser considerado “arte” y quien puede definirlos. Además el concepto está condicionado por la idea moderna del “arte por el arte”, como producto de una persona artista genial que crea una pieza de arte meramente para su contemplación. Es una idea que raramente puede aplicarse al mundo clásico, donde el objeto o el edificio siempre tenía un determinado propósito o funcionalidad: dedicación a los dioses, monumento honorífico, decoración de un edificio o de una tumba.

Por otra parte, cada generación de historiadores del arte clásico griego y romano ha intentado definir su relación con los estudios clásicos —incluyendo la arqueología— en su conjunto. La relación entre imágenes y textos normalmente se ha decantado por absorber los aspectos visuales en el discurso, priorizando la narrativa y la representación figurada sobre la abstracción y los ornamentos (Platt, 2016). En la actualidad se tiende a priorizar el contexto histórico y físico

de los objetos de arte. Tratados como un aspecto intrínseco de la cultura material del mundo antiguo, las esculturas, las metopas de los templos, los vasos pintados, y las estelas funerarias formaban parte de las formas de representación de las relaciones sociales, económicas y políticas que constituían las ciudades griegas y romanas antiguas. Los grandes proyectos de excavación a largo plazo como el del Ágora de Atenas o el de ciudades como Efeso o Afrodisia en Turquía, nos han ayudado a integrar las obras arquitectónicas y escultóricas en el análisis general de los espacios, las estructuras y las actividades en las que fueron hechas, usadas y contempladas (Smith *et al.*, 2006)

Es evidente que en sociedades, como la griega y la romana, que estaban dominadas social y políticamente por los hombres a partir de un imponente aparato ideológico, el centro de interés del arte antiguo hayan sido las actividades de los hombres y los muchachos. Es lo que sucede, por ejemplo, en el friso del Partenón, esculpido a mediados del siglo V a.C., con la representación de la procesión en honor a la patrona de la ciudad, Atenea. En el relieve aparecen 378 figuras, de las que solo 38 son femeninas. La mayoría de los hombres o muchachos aparecen implicados en acciones diversas, montando a caballo, conduciendo carros, tocando música o controlando animales. Las mujeres, en contraste, están de pie, pasivas, con sus equipos rituales. Tan solo la sacerdotisa de Atenea lleva a cabo una actividad específica, que implica a dos chicas jóvenes que llevan taburetes en sus cabezas (Neils, 2001: 169-171). La procesión tenía lugar durante el festival de las Panatenaicas, en honor de Atenea, la diosa protectora de la ciudad y el momento culminante de la misma era la presentación a la diosa del peplos que un grupo de mujeres pertenecientes a familias de la elite habían tejido durante los nueve meses anteriores. No cabe duda de que las mujeres presentes en la ceremonia habían tenido un papel importante en la creación de la principal ofrenda, pero en el friso son superadas en número por los hombres y aparecen como elementos estáticos en comparación con los hombres. Se ha señalado que el friso del Partenón funcionaba para quien lo contemplaba en la antigüedad, como un modelo de la sociedad ateniense y de la relación entre los sexos en la que los hombres tenían los *roles* principales, mientras ellas aparecen en los márgenes del relieve y de la sociedad. El arte, como el resto de la cultura material del mundo antiguo, servía para representar quien dictaba las “normas” sociales y quienes —en este caso las mujeres y los demás invisibles, personas esclavas y extranjeras—, no tenían poder.

Uno de los primeros temas que afectó al estudio del arte antiguo desde una perspectiva de género fue el del desnudo. Autores como John Berger (1973) y Laura Mulvey (1973) plantearon en la década de los setenta, desde diferentes perspectivas disciplinares, el tema de la “mirada” masculina al desnudo femenino como uno de los pilares fundacionales del arte occidental, desde la antigüedad clásica.

Las esculturas arcaicas de hombres jóvenes que se conocen con el nombre de *kouroi* representaban la imagen del ideal aristocrático de la *kalolagathia*, “la virtud y la belleza”, de la masculinidad griega. Representar desnudos a los hombres y no a

las mujeres, fue uno de los rasgos diferenciadores de las imágenes del mundo griego antiguo en contraste, por ejemplo, con el uso del desnudo en el arte occidental posterior. Se ha sugerido que las imágenes de los *kouroi* representaban el concepto general, la naturaleza esencial de la masculinidad, el hombre en su estado natural, en actitud activa. Según Tucídides (1, 6,5) la desnudez de los atletas masculinos era un rasgo que diferenciaba a los griegos de los bárbaros. En las comunidades griegas arcaicas la figura masculina desnuda representaba el sexo “natural” y al mismo tiempo, la condición humana, mientras la mujer vestida en las esculturas femeninas contemporáneas, las *korai*, representaba el sexo “construido”, a modo de la construcción mítica de la primera mujer, Pandora.

Más tarde, hacia comienzos del período clásico se empezó a representar, en la escultura de gran tamaño, a algunas figuras femeninas con telas diáfanas que revelaban las curvas del cuerpo. A mediados del siglo IV a.C., finalmente, el escultor Praxiteles esculpió la Afrodita de Cnidos, el primer desnudo femenino de gran tamaño del arte griego y del occidental. Diversos escritores, griegos y romanos, han recogido memorias de las reacciones que provocó la visión de la diosa desnuda, como representación erótica. La influencia de la Afrodita de Praxíteles en el arte posterior se debió, en parte, a los sentidos que asumió el desnudo femenino en contraste con el masculino. De hecho, la tradición que inició Praxíteles fue la de mostrar a las mujeres desnudas como seres pasivos, vulnerables y disponibles a los ojos del espectador. Esa crítica, que se extiende a gran parte del desnudo femenino en el arte posterior, se basa en la evidencia de que una de las bases de la subordinación de las mujeres ha sido la sexualización de la jerarquía tradicional de género, de forma que podría decirse que los rasgos pasivos del desnudo femenino forman parte del mecanismo que ha sostenido la desigualdad entre los sexos (Eaton, 2012: 6).

En la última década, diversas formas de evidencia visual han adquirido un lugar importante en el estudio del género en la antigüedad. La cerámica con escenas figuradas, especialmente la ática, se ha convertido en un recurso importante por la frecuente aparición de figuras femeninas en diversos contextos. Por otra parte se reconoce que las convenciones ligadas a la representación artística son distintas de las de las fuentes escritas y que la narrativa del género en el arte es diferente.

Las representaciones figuradas en la cerámica nos han proporcionado imágenes de aspectos de la vida cotidiana pocos usuales en otras fuentes. Es el caso de las imágenes de niños y niñas pequeños jugando en las jarritas atenienses *choes*, o las numerosas escenas de los rituales relacionados con el matrimonio. En ambos casos, la razón es que determinadas formas cerámicas y su decoración tenían un papel específico en las escenas que representaban. En conjunto, a pesar de las dificultades que en ocasiones presenta la interpretación de las escenas figuradas, los pintores atenienses crearon un ámbito de representación donde las mujeres hacen cosas, hablan entre sí o con hombres, trabajan, participan en rituales, se adornan; aparecen solas o en grupos. No podemos olvidar, en todo caso, que las repre-

sentaciones figuradas tenían su propia dinámica lo que, explicaría, por ejemplo, la escasez de niños en relación a las actividades femeninas. Con todo, desde los inicios de la decoración figurada en los vasos geométricos, en el siglo VIII a.C., las escenas de funerales representaban familias de pie o sentadas alrededor del muerto. Esos funerales familiares muestran creciente diferenciación en la representación de los personajes a medida que se desarrolló la pintura de vasos en los siglos VI y VII a.C., culminando en escenas como la de la tabla atribuida al Pintor de Safo en el estilo de figuras negras ático de c. 500 a.C., donde los diversos personajes de la escena son nombrados en relación al hombre joven que ha muerto: madre, abuela, tía paterna, hermanas y padre.

En una lápida sepulcral del siglo II-III d.C., procedente de Mérida, se representa a una tabernera que sostiene un jarro en la mano con el que parece extraer vino de una cuba de bodega (fig. 5). El epitafio, encargado por Sencio Víctor para su esposa “queridísima”, menciona a Sentia Amarantis, que tenía 45 años y había vivido 17 años con su marido. Este relieve pertenece a una forma de representación funeraria muy frecuente en el mundo romano y que ha permitido analizar algunos aspectos de la estratificación de la sociedad romana y las relaciones de poder basadas en el estatus y el género. La historiadora del arte Natalie Kampen inició un estudio pionero de la situación de las mujeres trabajadoras romanas a partir de este tipo de representaciones (Kampen, 1982). Los relieves eran funerarios, como el de Sentia Amarantis, o decorativos, para anunciar una tienda o negocio, como los diversos ejemplos hallados durante las excavaciones de Ostia, el puerto de la ciudad de Roma. En varios casos vemos escenas de vendedoras con vestimenta sencilla y gestos específicos mostrando la mercancía a los posibles clientes o, como en el caso de la tabernera de Mérida, en actitud de llenar la jarra de vino. Kampen señaló que en este tipo de actividad las vendedoras presentan formas de representación similares a las de los hombres vendedores. Podemos pensar que unos y otras pertenecían a una clase trabajadora media que tenía una cierta autonomía y prosperidad sin duda mayor que las personas esclavas y los olvidados y marginados de la sociedad romana: prostitutas, músicos, bailarinas y artistas diversos. El hecho de que pudieran encargar un relieve figurado apunta a que tenían suficientes recursos para pagar la representación visual de su actividad. En cambio, para otras actividades productivas, especialmente en la esfera de las artesanías, las representaciones figuradas con mujeres son muy escasas. Se conserva un número importante de representaciones pintadas o en relieve de artesanos construyendo barcos, trabajando la madera, perfumistas o herreros. En cambio, las mujeres artesanas raramente son representadas y, cuando lo son, aparecen en forma de alegoría o en un contexto mitológico. Es posible que, con excepciones, como la vendedora o la nodriza, se tendiera a disimular la imagen pública de las mujeres como trabajadoras reales, para preservar la ideología de la mujer en casa tejiendo. Sabemos que la estratificación de la sociedad romana se basaba en las relaciones de poder basadas en el estatus y el género. Aunque las



Fig. 5.—Epitafio de la tabernera Sentia Amarantis. Museo de Mérida.

ciudadanas romanas tenían, en comparación con las griegas del período clásico, una considerable libertad de movimiento y podían gestionar hasta cierto punto sus asuntos personales y económicos, desde el punto de vista legal y, sobre todo, de ideal social, seguían siendo dependientes.

6.—Conclusiones

El interés por el género sin duda ha enriquecido la arqueología clásica. Es indudable que las diferencias de sexo/género fueron factores esenciales que usaron las gentes griegas y romanas para crear jerarquías, divisiones y límites. Estructuras

turaban las actividades individuales y la dinámica de los grupos, en la política, las relaciones sociales y la economía, al tiempo que moldeaban las identidades individuales. Además el género influía en la construcción de las culturas materiales y en las formas de representación y, por tanto, es un factor de primer orden en la interpretación del registro arqueológico y artístico.

La investigación de las últimas décadas, tras una etapa de recuperación de las mujeres y sus actividades, ha promovido en la arqueología clásica, como anteriormente había sucedido en otras disciplinas históricas, el replanteamiento de los objetivos de estudio, poniendo el énfasis en temas como el de la presencia femenina en los espacios públicos, la agencia de las mujeres en la religión, y, especialmente, la importancia de los espacios domésticos en la economía y la sociedad grecorromanas. Además el estudio del género y de las mujeres, ha estimulado la aparición de otras áreas de investigación, como la arqueología de la sexualidad, de la infancia, de la familia, temas que previamente apenas recibían atención pero que, actualmente, han permitido una mejor aproximación a sectores de la población del mundo antiguo que prácticamente eran invisibles en la investigación arqueológica hasta época reciente. En parte, esa recuperación se debe a que se ha reconocido el carácter dinámico y variable en la organización de la sociedad y la cultura. Desde los años noventa, gradualmente, la arqueología clásica ha ampliado el espacio de la disciplina, usando la cultura material para dar voz y visibilidad a amplios sectores de población —no solo las mujeres— que carecían de presencia en la historia basada en las elites.

Desde el punto de vista de la disciplina, incluso desde la perspectiva de la práctica de la arqueología de campo, ha aumentado el número de mujeres que dirigen excavaciones y que llevan a cabo proyectos de investigación. Los temas que se relacionan con las mujeres del pasado, desde los contextos espaciales, a las tecnologías femeninas y los objetos relacionados con actividades de mujeres, como el tejido, han sido explorados en mayor medida que en cualquier periodo anterior.

En este trabajo hemos enfatizado el hecho de que, en los últimos años, se han abierto nuevos campos de análisis en la arqueología clásica desde una perspectiva de género. Parece que, finalmente, se empieza a matizar el énfasis en el espacio privado que, en contraste con la esfera pública de acción y control masculino, limitaba la acción y movilidad femenina al interior doméstico. Como hemos observado, la investigación arqueológica a través de nuevas lecturas de materiales que se habían menospreciado o interpretado demasiado rigidamente desde la óptica de los estereotipos de género, ha abierto nuevas posibilidades al estudio de los espacios domésticos, las imágenes funerarias y otras formas de representación visual. Una de las consecuencias más importantes de estos nuevos campos de análisis es que sitúa a las mujeres junto a los hombres, en la esfera doméstica pero también, al menos parcialmente, en el espacio público, y en las imágenes y las formas de representación. Se ha abierto la posibilidad, casi la exigencia de contemplar el espacio de las ciudades antiguas poblado por una diversidad

grupos de edad, clases sociales y géneros que convivían en sistemas complejos creados desde diferentes escalas espaciales y temporales, desde la unidad familiar a la comunidad.

Con todo, es necesario reconocer que los estereotipos ligados al género siguen teniendo un papel importante en la arqueología clásica. Los estereotipos son representaciones que se basan en la simplificación, generalización y exageración de atributos culturales atribuidas a un grupo por los miembros de otros grupos. Funcionan como instrumentos que definen lo que se considera “normal o natural” en las relaciones entre grupos, etnias o géneros. Los sectores dominantes en cualquier sociedad utilizan los estereotipos como una forma de describir y justificar las relaciones de poder. Uno de los primeros ejemplos de ese tipo de representación es, en prácticamente todas las sociedades humanas, el género como explicación de las relaciones de poder y desigualdad entre mujeres y hombres. En las últimas décadas, el poder de los estereotipos en la investigación se han analizado en disciplinas como la psicología social o los estudios culturales, pero ha sido menor el interés mostrado por los estudios históricos. Incluso se ha sugerido que, en algunos casos, la investigación histórica ha tendido a mantener estereotipos que al ser presentados como parte de la narrativa histórica se consideran de alguna forma hechos verdaderos (Steedman, 1992). Algunos relatos historiográficos permiten la conservación de los arquetipos, convertidos en hechos que transmiten imágenes negativas de los grupos marginales, transformadas y repetidas a través de la narrativa histórica. Eso explicaría que los estereotipos binarios que proceden de la ideología que defendía la inferioridad femenina, en la literatura, la filosofía y la cultura de las sociedades grecorromanas, siguen subsistiendo, en cierta medida, en la investigación. Es probable que este hecho sea uno de los factores que explique que el género siga siendo un concepto marginal en partes de la disciplina.

7.—Bibliografía

- ANGEL, J. Lawrence (1972): “Ecology and population in the eastern Mediterranean”. *World Archaeology*, 4-1: 88-105.
- AULT, Bradley A. (2005): *The Houses: The Organization and Use of Domestic Space. The excavations at Ancient Halieis*. Vol. 2. Bloomington, Indiana University Press.
- BERGER, John (1973): *Ways of seeing*. Londres, BBC y Penguin Books.
- BERMEJO, Jesús (2014): *Arqueología de los espacios domésticos romanos: condiciones de vida y sociedad en la Meseta nordeste durante el período imperial*. (Temas Sorianos, 59). Soria, Diputación Provincial de Soria.
- BERMEJO, Jesús (2014-2015): “*In parva res oblitae*: economías domésticas en los asentamientos rurales de la Hispania romana”. *Anales de Arqueología Cordobesa*, 25-26: 145-168.
- BISEL, Sara C. (1984): “The Dead Do Tell Tales”. *National Geographic*, 165.
- BOOKIDIS, Nancy (1999): “Dining in the Sanctuary of Demeter and Kore at Corinth”. *Hesperia*, 68: 1-54.
- BROWN, Shelby (1997): “‘Ways of seeing’ women in antiquity: an introduction to feminism in clas-

- sical archaeology and ancient history". En KOLOSKI-OSTROW, Ann Olga y LYONS, Claire L. (eds.): *Naked Truths: Women, sexuality and gender in classical art and archaeology*. Londres y Nueva York, Routledge, pp. 12-42.
- CAHILL, Nicholas D. (2002): *Household and City Organization at Olynthus*. New Haven, CT: Yale University Press.
- CONKEY, Margaret W. y WILLIAMS, Sarah (1991): "Original narratives: the political economy of gender in archaeology". En DI LEONARDO, Micaela (ed.): *Gender at the Crossroads of Knowledge*. Berkeley, University of California Press, pp. 102-139.
- CONNELLY, Joan (2007): *Portrait of a Priestess*. Princeton, Princeton University Press.
- DETIENNE, Marcel (1979): "Violentes Eugénies". En DETIENNE, Marcel y VERNANT, Jean-Pierre (eds.): *La Cuisine du sacrifice en pays grec*. París, Gallimard, pp. 183-214.
- EATON, A. W. (2012): "What's Wrong with the (Female) Nude? A Feminist Perspective on Art and Pornography". En MAES, Hans y LEVISON, Jerrold (eds.): *Art and Pornography: Philosophical Essays*. Oxford, Oxford University Press, Scholarship Online.
- FISHER, Marina (2011): "Hetaira's *Kalathos*: Prostitutes and the Textile Industry in Ancient Greece". *Ancient History Bulletin*, 25: 9-28.
- FLOHR, Miko (2012): "Working and Living Under One Roof: Workshops in Pompeian Atrium Houses". En ANGUSSOLA, Anna (ed.): *Privata Luxuria: Towards an Archaeology of Intimacy*. Munich: Herbert Utz Verlag, pp. 51-72.
- KAMPEN, Natalie Boymel (1982): "Social Status and Gender in Roman Art: The Case of the Saleswoman". En GARRARD, Mary D. y BROUDE, Norma (eds.): *Feminism and Art History*. Nueva York, Harper & Row, pp. 60-77.
- KNAPP, A. Bernard (1998): "Who's come a long way, baby?. Masculinist approaches to a gendered archaeology". *Archaeological Dialogues*, 5: 91-125.
- KNIGGE, Ursula B. (2005): *Der Bau Z. Keremaikos*, 17. Munich, Hirmer.
- NEILS, Jennifer (2001): *The Parthenon Frieze*. Cambridge, Cambridge University Press.
- MORRIS, Ian (2004): "Classical Archaeology". En BINTLIFF, John (ed.): *A Companion to Archaeology*. Oxford, Blackwell, pp. 253-271.
- NEVETT, Lisa (2011): "Towards a Female Topography of the Ancient Greek City: Case Studies from Late Archaic and Early Classical Athens (c.520-400 BCE)". *Gender & History*, 23-3: 576-596.
- LAZER, Estelle (2009): *Resurrecting Pompeii*. Londres, Routledge.
- LISTON, Maria A. y PAPADOPOULOS, John K. (2004): "The 'rich athenian lady' was pregnant: The anthropology of a geometric tomb reconsidered". *Hesperia*, 73-1: 7-38.
- MAÑAS, Irene y BERMEJO, Jesús (2013): "El debate en torno al crecimiento económico en el mundo romano: una propuesta analítica a partir de la arqueología de las unidades domesticas". *Gerión*, 31: 269-286.
- MULVEY, Laura (1975): "Visual pleasure and narrative cinema". *Screen. Oxford Journals*, 16-3: 6-18.
- ORLANDINI, Pietro (1966): "Lo scavo de Thesmophorion di Bitalemi e il culto delle divinità ctonie a Gela". *Kokalos*, 12: 8-35.
- PLATT, Verity (2016): "The Matter of Classical Art History". *Daedalus. What's New About the Old? Reassessing the Ancient World*, special issue: 69-78.
- RENFREW, Colin (1981): "The Great Tradition Versus the Great Divide: Archaeology as Anthropology?". *American Journal of Archaeology*, 84-3: 287-298.
- SCHMITT-PANTEL, Pauline (2001): "Les femmes grecques et l'andron". *Clio. Femmes, Genre, Histoire*, 14: 155-181.
- SMITH, R.R.R. et al. (2006): *Roman Portrait Statuary from Aphrodisias: Aphrodisias II*. Mainz am Rhein, Philipp von Zabern Verlag.
- SMITHSON, Evelyn Lord (1968): "The tomb of a rich athenian lady, ca. 850 B.C.". *Hesperia*, 37-1: 77-116.

- STEEDMAN, Carolyn (1992): “La Théorie qui n’en est pas une, or, Why Clio Doesn’t Care”. *History and Theory*, 31-4: 33-50.
- TÖLLE-KASTENBEIN, Renate (1994): *Das archaische Wasserleitungsnetz für Athen und seine Späteren Bauphasen*. Mainz, Zabern.
- TRÜMPER, Monika (2012): “Gender and Space, ‘Public’ and ‘Private’”. En JAMES, Sharon L. y DILLON, Sheila (eds.): *A Companion to Women in the Ancient World*. Oxford, Blackwell, pp. 288-303.
- WALLACE-HADRILL, Andrew (1994): *Houses and Society in Pompeii and Herculaneum*. Princeton, Princeton University Press.
- WEEDMAN, Kathryn (2006): “Gender and Ethnoarchaeology”. En NELSON, Sarah M. (ed.): *Handbook of Gender in Archaeology*. Walnut Creek, CA, Altamira, pp. 247-294.
- WILK, Richard R. y RATHJE, William L. (eds.) (1982): “Archaeology of the Household: Building a Prehistory of Domestic Life”. *American Behavioral Scientist*, 25: 617-640.
- YEGÜL, Fikret (2010): *Bathing in the Roman world*. Cambridge, Cambridge University Press.